

uniformemente de las gentes de la llanura por las dimensiones de la caja torácica. Los Quichúas y los Aymaras, lo mismo que los Tíbetanos, admiran por la estructura maciza del tronco, al cual se unen miembros que á las gentes de las llanuras les parecen deformes. Hasta los descendientes puros de los españoles que se establecieron hace tres o cuatro siglos sobre las mesetas de Colombia y de Méjico difieren singularmente de sus hermanos de raza castellana por las dimensiones del busto.

Todos los viajeros que visitamos las montañas durante la bella estación y que nos complacemos en respirar el aroma de las hierbas, en coger las brillantes flores de las laderas, en pasear á orillas de los torrentes, bajo las ramas de los álamos, no solemos tratar de imaginarnos lo que fué la vida de los montañeses primitivos, lo que es la de sus descendientes encerrados en esos altos reductos, tan pintorescos y agradables en verano.

Caminos sinuosos, trazados serpenteando sobre precipicios, hasta ferrocarriles atravesando promontorios en galerías bajo las rocas, nos conducen á esos pequeños universos, cerrados en otro tiempo, donde, cansados de la vida, rendidos de cuerpo y de espíritu, vamos á restablecer nuestro equilibrio físico, intelectual y moral. Sobre esas alturas todo nos parece bello, pero los naturales saben cuán dura es la existencia en esos estrechos dominios. Lo mismo que en las regiones polares, hay valle de los Alpes privado del sol durante una parte del año, y la claridad de invierno no da un rayo directo, una luz franca: no se nota sino una disminución de la obscuridad nocturna. A lo lejos, detrás de las altas crestas, se extiende el reflejo del astro amado, y al medio día las gentes del valle siguen con mirada ansiosa el resplandor de aurora que allá arriba toca el perfil de la montaña, después se debilita y se extingue poco á poco, dejando una triste penumbra sobre las formas cadavéricas de los bajos fondos. En los altos valles de los montes, lo mismo que en los archipiélagos del océano Glacial, «la obscuridad es más difícil de soportar que el frío».

¡Qué alegría para esas gentes de la sombra cuando el astro, en la primavera, muestra su limbo superior, después su disco entero, apareciendo como un dios, y seguramente adorado como tal! En el valle Godemar, los habitantes de la villa de los Andrieux se reunían en otro

HOMBRE Y LA TIERRA (EL).

- C -
900
RElíseo Reclus.
Barcelona., s.f.- 6 tomos.

escei

de toda especie: escrofulosos, cojos, ciegos y sordos. Hay villa en los

RECLUS., Elíseo.

- C -
900
RHombre y la Tierra (El).
Barcelona., s.f.- 6 tomos.

mo

de la luz y del calor solares trae forzosamente consigo una limitación proporcional en la amplitud de las ideas y en la libertad de espíritu.

- C -
900
RElíseo Reclus.
Hombre y la Tierra (El).
Barcelona., s.f.- 6 tomos.

tiempo al fin del verano en el puente de su torrente, y después, pasados los 102 días de desaparición, — desde el 1.º de noviembre al 10 de febrero, — cuando el sol mostraba nuevamente su disco de oro, le ofrecían una tortilla redonda, como para imitar, lo mejor posible, por aquella grosera imagen, la forma y el color de la divinidad y hacérsela así favorable para todos los pobres productos de su infecundo suelo ¹.

A la falta de luz corresponde la falta de salubridad: el hombre se desarrolla mal al pie de las pendientes siempre sombrías y húmedas; sus articulaciones se entumescen; se vuelve raquíptico y frecuentemente se le desarrollan paperas, puede descender hasta el cretinismo. Los países de montañas son siempre los que cuentan mayor número de achacosos de toda especie: escrofulosos, cojos, ciegos y sordos. Hay villa en los Alpes que tenía antes, y con justicia, el nombre de «Villard-Goîtreux»; los perros, hasta las gallinas, andan pesadamente, arrastrándose. El estado higiénico de la población ha cambiado completamente durante la segunda mitad del siglo XIX, porque la instrucción, con sus consecuencias prácticas, ha penetrado ampliamente en el valle, quizá las industrias químicas han contribuido algo á modificar la constitución del aire ².

El Himalaya, los Pirineos, el Cáucaso, los Andes americanos tienen también sus poblaciones de enfermizos: la mayoría de los habitantes tienen bociq ó papera en el largo valle colombiano del Cauca. Y no son solamente las desgraciadas poblaciones de los altos valles cerrados las que padecen por la prolongada ausencia del sol: las gentes de las poblaciones situadas fuera de la montaña, que viven asimismo á la sombra de sus muros, sufren también por la misma causa. La disminución de la luz y del calor solares trae forzosamente consigo una limitación proporcional en la amplitud de las ideas y en la libertad de espíritu.

A las ya temibles condiciones del medio, se junta, en los altos valles de las montañas, la claustración impuesta por las nieves del invierno. Los cautivos de esas regiones se encuentran entonces en pleno país polar: las nieves se amontonan en los fondos, se arremolinan sobre las alturas y se acumulan al borde de los precipicios, amenazando descender en violentas avalanchas y aplastar los grupos de cabañas ocultas en las hondonadas. Para no morir aplastados hay que refugiarse en cuevas,

¹ Ladoucette, *Histoire... des Hautes-Alpes*.

² Louis Cousinier, *Notes manuscrites*.

naturales ó artificiales, y por medio de galerías, bajo las nieves, mantener la libre comunicación del aire con el exterior. Los víveres acumulados durante el buen tiempo, rara vez son suficientes á las familias trogloditas, que no tienen, como las marmotas, el recurso de dormirse alimentadas por su exceso de grasa; ordinariamente, los hombres adultos abandonan en su infecta soledad á los ancianos, las mujeres y los niños, y descienden hacia la llanura para ver si en ella logran medios de existencia, al mismo tiempo buscan aventura, porque el montañés encerrado siente la necesidad de ensanchar su prisión: de lo alto de los promontorios que rodean su valle, ve el mundo á sus pies, ve abrirse ante sí el infinito, y desciende, camina siempre más allá, impulsado por la alegría del espacio.

Son los Suizos, de todos los habitantes de Europa, los que se encuentran, no en mayor número, sino más metódicamente distribuidos en todas las partes de la Tierra, debido á que la expansión gradual de las industrias, viajando en todas las comarcas hacia las cuales irradian sus ríos, el Rhin, el Ródano, el Tessino y el Danubio, les enseña el arte de distribuirse los campos de explotación: en ninguna parte ha sido mejor comprendida la ciencia de la expatriación.

La emigración parcial de los montañeses, durante la estación de los fríos, ha debido producirse en todos los tiempos hasta regularizarse con un ritmo perfecto; los habitantes de las llanuras inferiores, así visitados periódicamente, se han acostumbrado á esos pasajes de extranjeros, de la misma manera que al vuelo de las aves de paso. Los acogían con benevolencia, puesto que les traían los productos de la tierra natal, cosas útiles ó bellas, como cristales, plantas preciosas, animales raros, y les ofrecían también su trabajo temporal á cambio de pan. La necesidad les había ingeniado á crearse oficios especiales; sabían hacerse indispensables, y, merced á sus servicios, pasar de población en población sin ser molestados. Recientemente aún, antes que la inmigración europea y la construcción de los ferrocarriles hubiesen cambiado toda la economía social de la América del Sur, la tribu boliviana de las Collahuayas, que forma parte de la nación de los Apolistas, en las montañas de Apolobamba, enviaba todos sus adultos á las comarcas de las inmediaciones hasta Lima, Valparaíso, Buenos Aires y hasta el mismo Río Janeiro para vender drogas simples, piedras imantadas y remedios.

Los más hábiles, que se les reconocía por su gran crucifijo, gozaban de gran reputación como médicos. Tras años de vida errante, esos *indios del Perú* volvían a su país, llevando orgullosamente su saco de dinero, á veces acompañados de una caravana de mulas cargadas; entonces reconocían los hijos nacidos durante su ausencia y adiestraban á los jóvenes para continuar su vida de amoladores¹.

Ignorantes de los odios locales, los mercaderes de la montaña, que recorrían países en plena guerra, no tomaban partido por unos ni por otros; mas considerando buena toda industria, llegaban hasta venderse temporalmente para guerrear. Tales eran los suizos de la Edad Media, *quei villan' bruti*, de quien habla Ariosto: matar y saquear, había llegado á ser su función social.

Alábase el valor de los montañeses, otra consecuencia del medio que habitan y su género de vida. Habiendo quedado libres y hermanos en su estrecho dominio, merced al muro de defensa que les protege, esas gentes de los altos lugares pueden imaginarse por una ilusión natural

al hombre, que los privilegios del medio son debidos á su propia virtud, y tienen en escasa estimación á la multitud esclavizada que pulula debajo de ellos en la llanura. Cada uno de sus valles constituye una pequeña república, frecuentemente aliada en federación con los valles de las inmediaciones, formando así un mundo inatacable tanto tiempo como dure la unión contra los enemigos de abajo.



ATALAYA: VILLA DE TROGLODITAS
(GRAN CANARIA)

De una fotografía (Sociedad de Geografía).

¹ Lina Beck-Bernard, Hugo Reck, Bollaett, etc.

Antes de la construcción de los caminos, los montañeses podían garantizarse contra toda agresión, gracias á sus escondrijos naturales, al laberinto de sus cortaduras y de sus vallecillos, á sus ásperas rocas, cuyos pasos y puntos de acceso sólo ellos conocían. Las fortalezas naturales de los montes les bastaban, sin necesidad de recurrir al arte vil de las murallas; así se explica el sostenimiento de las comunidades independientes en medio de los grandes Estados políticos. Los Guanches de la Gran Canaria, ocultos en los agujeros de las rocas, se han defendido mucho tiempo contra los ojeadores españoles. Los Abor y otros Himalayos del Este, no solamente protegidos por sus rocas, sino también por los aguaceros que riegan sus montañas durante el período de los monzones, no tienen amos todavía, aunque sea Inglaterra la nación conquistadora con quien tienen que habérselas.

No existe región montañosa, Pirineos, Alpes, Balkanes, Cáucaso, cordillera de los Andes, que en su historia moderna y hasta presente, no dé ejemplo de sociedades distintas, constituidas en repúblicas, independientes de las agrupaciones políticas de la llanura inferior. La posición de Lhasa en el país de las grandes Nieves, al otro lado de la doble hilera del Himalaya y del Trans-Himalaya, ha hecho que sea una de las últimas ciudades que haya profanado una expedición militar.

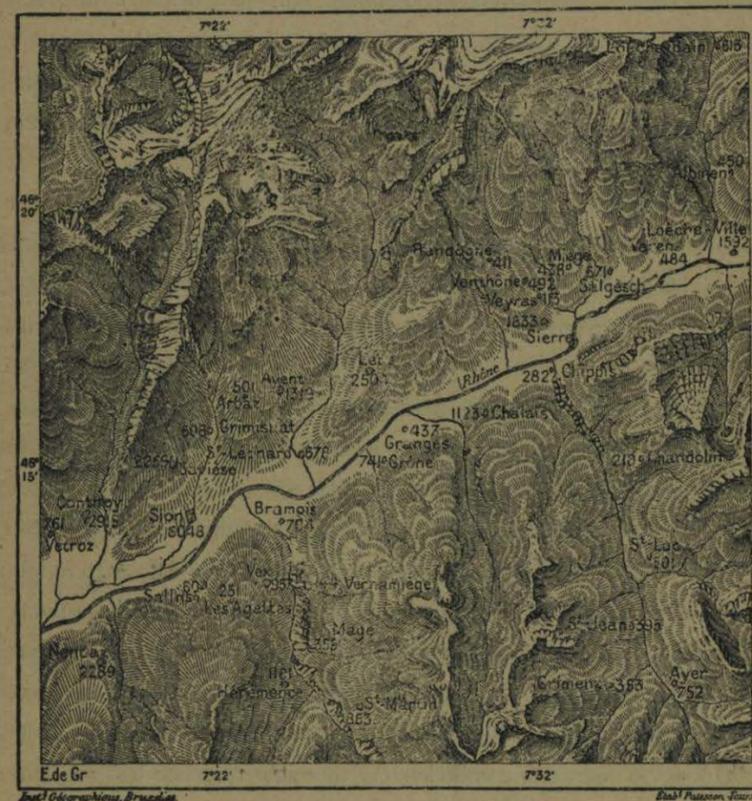
Muy fuertes para la defensa, cuando no han sido enervados por el monaquismo, como lo son los Tibetanos, los montañeses se muestran comúnmente muy débiles para el ataque: relativamente poco numerosos, forman tantos clanes distintos como valles existen; su separación había sido trazada de antemano en la estructura de la montaña. Frecuentemente fueron los montañeses saqueadores, pero no conquistadores. Todas las guerras en que se ha visto comprometida la vida de naciones enteras, se han desarrollado en las llanuras¹.

Por lo demás, cada macizo de montaña forma un conjunto tan grande y tan vario que puede ofrecerse como en resumen de toda la Tierra, pues en él se encuentran todos los contrastes procedentes de la diferencia de latitudes, de los terrenos, de las pendientes, de las calorías. Los grupos de habitantes se forman naturalmente en razón del clima, de la exposición del suelo, á menos de una causa especial de atracción, tal

¹ R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*.

como las minas ó las canteras. Las poblaciones se resguardan contra el frío ó contra el calor de las pendientes calcinadas; huyen de la roca desnuda ó demasiado escarpada y buscan las cuencas graciosas, regadas, defendidas por murallas de rocas. En algunas comarcas de Etiopía, por

N.º 11. Las dos vertientes del Valais.



La cifra que acompaña cada uno de los nombres de pueblo, es la de la población en el censo de 1900. En los límites del mapa, la población residente al norte del Ródano, sobre la vertiente expuesta al sol, comprende 24,890 habitantes, repartidos en 19 centros. El número de los habitantes de las 19 villas situadas al sur del Ródano es de 12,066, siendo de notar que algunas de estas villas, como Hérémence, Chandolin y Saint-Luc se hallan instaladas sobre el lomo de montañas bien expuestas al sol del medio día.

ejemplo, las cortaduras de separación, formadas por los torrentes, son de tal modo profundas, que resultan prácticamente infranqueables y limitan los reinos. El volcán Kilimandjaro no tiene menos de 83 Estados independientes en un espacio de 800 kilómetros cuadrados, que habitan unos sesenta mil individuos: los límites naturales formados por los pro-

fundos barrancos de la montaña han cerrado las poblaciones como si fueran rebaños¹.

En grandes valles, como el del Ródano superior, se observa claramente que las casas se acumulan en los fértiles taludes de deyección, formados por los arrastres de los torrentes. Esos conos son tanto más populosos cuanto más amplia es su masa, correspondiendo á una vertiente torrencial más rica en aguas corrientes; además el lado del valle que da cara al sol, y por tanto el mejor cultivado de especies más apreciadas, como la vid, ofrece una guirnalda de poblaciones más aproximadas unas á otras².

En las llanuras y periplanicies, cada macizo de colinas, cada relieve aislado representa en menores proporciones el teatro de las vastas montañas, y las mismas oposiciones del medio influyen sobre los residentes en una medida proporcional. Así las rocas escarpadas que dominan las poblaciones y sus cultivos han favorecido la construcción de los castillos-fortalezas y de las guaridas muradas y almenadas donde se ocultaban los caballeros bandidos de la Edad Media, y también sobre los puntos dominantes se construyen en nuestros días las obras de guerra. Así mismo las cavernas, las sinuosas galerías de las grutas han podido ofrecer mucho tiempo, durante las edades de civilizaciones primitivas, las ventajas de la seguridad, como los altos valles cerrados de las montañas, y ciertas poblaciones, especialmente las magdalenianas de los tiempos paleolíticos, parecen no haber tenido otras viviendas.

A veces la naturaleza del suelo no permite grande extensión á los trogloditas: la fuerza de población y el dominio pertenecen á los hombres que viven sobre la tierra libre de todos esos laberintos misteriosos. En épocas anteriores, la raza humana, representada por sus variedades diversas, se desarrollaba tanto más ampliamente cuanto el suelo era más abierto y más templado, á la vez menos estéril y menos cubierto de vegetación frondosa, menos obstruído por rocas ó pantanos fangosos mejor provistos de aguas claras y corrientes. Un término medio general de altura, de fecundidad y de clima presenta las condiciones más favorables para el sostenimiento y la prosperidad de la humanidad primera. Pero ¿son esas condiciones de bienestar, las más convenientes para agu-

¹ Mans Meyer, *Kilimandjaro*, pág. 235.

² Maurice Lugeon, *Archives de la Société Vaudoise des Sciences naturelles*, 15 junio 1901.

zar el genio del hombre é impulsarle en la vía del descubrimiento y del progreso intelectual? No ciertamente; se necesita una parte de obstáculos para solicitar un esfuerzo incesante; si las dificultades son demasiado grandes, la especie sucumbe; mas también parece allí donde la adaptación al medio se cumple con demasiada facilidad. La lucha es necesaria, pero una lucha que se ajuste á las fuerzas del hombre y de la que éste pueda salir triunfante.

En comparación de las montañas con valles cerrados, las estepas, las praderas sin fin, con sus débiles relieves del suelo, sus arroyos y lagunas sin profundidad y sus escasos ríos, son el país por excelencia del libre curso y del horizonte ilimitado; se extienden indefinidamente como el mar, y como sobre el mar es fácil convencerse de la redondez del planeta por la forma de los objetos que se perfilan á lo lejos sobre el cielo. En parte alguna se siente más la alegría del espacio que en esas llanuras sin límites, descritas con tanta dulzura por los Gogol y los Tourgeniev y cantadas con tanto entusiasmo por los Petöfi. La tierra uniforme, gris, sin objeto saliente que detenga la mirada, deja vagar la imaginación libremente, y, en ese mundo ilimitado que no detiene en ningún sitio el curso del pensamiento, podría uno creerse hijo del aire como el antílope ó como el pájaro. Por lo demás, el viento es siempre el gran monarca de esas regiones bajas: allí sopla como sobre el mar, llevándose la arena, arrancando hasta el césped. En muchos puntos, el Mongol de la estepa se apresura á recoger su tienda de fieltro en cuanto la tempestad se anuncia, porque sabe de antemano que no tardaría en ser derribada y rota por los remolinos de la ráfaga¹.

Libres de ir y venir a su antojo, las gentes de la estepa no se diseminan por eso al azar, sino que, conformándose con los atractivos locales de las fuentes ó de los fondos herbosos, se agrupan voluntariamente en familias y en tribus, según sus afinidades: la necesidad de la ayuda mutua y el llamamiento espontáneo del hombre al hombre, fundan comunidades semejantes á los rebaños de herbívoros, asociados ahora á su suerte por la domesticación. Pero las fuentes pueden agotarse; las hierbas comidas hasta la raíz, no suministran ya alimento al ganado; la

¹ James Gilmour, *More about the Mongols*, pág. 187.

caza huye á otros sitios: se impone entonces la necesidad de emigrar hacia regiones de la estepa más favorablemente situadas, y poco á poco se establece una especie de ritmo en las idas y venidas de la tribu, regulado por las estaciones. Los cambios de lugar, de pasto en pasto, son los únicos que se realizan en la vida normal del Hombre de las Hierbas.

La vida en la llanura libre, pero desnuda, sin árboles, sin variedad de aspectos, resulta, pues, demasiado monótona, demasiado unificada para que los habitantes de la estepa puedan modificarse y progresar espontáneamente bajo la influencia del medio. A menos de sacudidas violentas causadas por las incursiones de extranjeros, por largas sequías, por incendios ú otros acontecimientos que les fueren á la emigración, se mantienen en el mismo grado de civilización durante un período indefinido de siglos. Pero esas revoluciones imprevistas pueden producirse repentinamente, y entonces la población entera de la estepa, con hijos, mujeres y ancianos, con animales y objetos de campamento se retira en conjunto. El éxodo es completo.

Agregaciones de agricultores que viven separadas unas de otras, en medios diversos, unas en los valles de las montañas, otras en las márgenes de los lagos, á la orilla de los arroyos ó en los claros de los bosques, no podrían reunirse en grandes ejércitos y quedarían retenidas por la fuerza de atracción de sus intereses locales, por ese espíritu conservador que ha esclavizado todas las sociedades agrícolas. Pero los pastores nómadas, unificados por las ocupaciones, las costumbres, el género de vida, lo mismo que por el aspecto de la naturaleza ambiente, no tienen semejantes lazos que romper: acostumbrados á la carrera á través de las estepas, pueden reunirse fácilmente; no dejando rezagados tras de sí; una nación entera puede agruparse en un solo pliegue de la estepa.

Si ciertas regiones de la Tierra, como la llanura herbosa, facilitan los cambios de lugar y hasta comunican al hombre el instinto de emigración, hay, por el contrario, lugares de residencia que pueden ser considerados como verdaderas prisiones, de tal modo se halla bruscamente limitado el dominio de la habitación. Tal es el bosque primitivo, no el bosque que se ha talado transformándole en parques, con paseos, campos de tiro y de carreras, sino la selva, cuyos árboles gigantes, misteriosos, seculares, ha respetado el hombre hasta el presente.

La enredada masa de las plantas tropicales, húmeda y sombría, no se parece á los templos solemnes de los bosques septentrionales, á las hayas, á los pinos ó abetos regularmente espaciados. No se penetra allí con el mismo sentimiento de emoción religiosa, sino más bien con una especie de terror: el matorral de espeso ramaje entretejido de bejuco, no recibe al visitante en paseos naturales de suelo liso cubierto de hojas, tapizado de musgo y alegrado con florecillas. Si se abandona la pista estrecha todo es obstáculo: el tronco, la raíz, las cuerdas entremezcladas de parásitos. Apenas desde la cima desciende algún vago reflejo de luz en los caos de las ramas y de las hojas. A cuarenta metros sobre el suelo, el bosque se expansiona á veces en una superficie de bellísimas flores, y las aves vuelan alegremente en el aire libre, rozando con sus alas las ondas de aquel mar de follaje¹, mientras que abajo, en la obscuridad profunda, el hombre camina penosamente, tropezando con las raíces, á menos que tome una senda abierta por los elefantes ó los tapires.

El bosque continuo, la selva sin límites, amazónica, india o congoleña, constituye sobre la Tierra el elemento conservador por excelencia: las agregaciones se mantienen allí, sin cambios apreciables, en su estado primitivo, mucho mejor que los habitantes de los oasis, de las montañas ó de las regiones heladas, porque el medio se modifica en su derredor con extremada lentitud, y pueden vivir durante largos siglos completamente apartados de los otros hombres, á causa de la obscuridad que les rodea y á la dificultad de los caminos que penetran en sus retiros². En esos bosques se encuentran aún, si no primitivos, los que más se acercan al tipo originario, tal como procuramos concebirle. En muchas regiones, los nombres de «salvaje», «selvático», «hombres de los bosques», —*orang-utang*— son completamente sinónimos. Que se suprima el bosque y por ello mismo desaparecerá la tribu, de tal modo que ésta es dependiente de su medio. «Quien mata una encina mata un servio», decía un proverbio de la Balkania, cuando las villas del país se ocultaban aún en estrechos valles, bajo la sombra de los grandes árboles.

Viviendo como en cuevas, bajo la tibieza de un aire húmedo, las tribus selváticas tienen generalmente un matiz mucho más blanco que las gentes de las sabanas, tostados por el sol. Los rasgos de los selváticos

¹ Marcos Giménez de la Espada, *Notas manuscritas*.

² Green, *Influence of the Forests in checking Invasions*.